

## EDUARDO GRUBER

Santiago B. Olmo

Las relaciones entre pintura y poesía han adquirido a lo largo del siglo XX una intensidad determinada esencialmente por el peso de una mirada abstracta, volcada al interior y a las emociones que no pueden representarse a través de imágenes ni de palabras. Las imágenes y las palabras que sirven para expresarlas generan a su vez atmósferas de evocación que se sitúan en el ámbito de lo que conocemos, siempre muy levemente, fragmentariamente, como poético.

La consolidación de una percepción que no está ligada a imágenes se ha desarrollado paradójicamente en una cultura como la actual dominada por las imágenes, donde la palabra -y más que ninguna otra, la palabra poética- ha perdido gran parte de su poder y de su eficacia, replegándose hacia territorios cada vez más cerrados e íntimos. La palabra dominante se sitúa en el plano de la consigna y el mensaje (tanto publicitario como ideológico -ambos recurren a los mimos mecanismos), y por lo general se halla asociada a imágenes, cumpliendo una función utilitaria y rentable. La fuerza que en otro tiempo tuvo la palabra poética parece haberse desvanecido en una red de utilitarismos de la que queda excluida toda gratuidad. La emoción de la evocación se relega a las áreas de sensibilidad ya anacrónicas de lo que no es productivo ni estimula la integración en las esferas económicas activas.

La pintura que más se ha acercado a los presupuestos de la palabra poética también se ha ido alejando de la representación figurativa, para construir una esfera de ensimismamiento, instante, fugacidad, memoria, disolución, a través de lenguajes que se apoyan en el color, las materias, las texturas, los gestos, el trazo, es decir todos aquellos elementos capaces de desarrollar poder simbólico, en sí mismos neutros como herramientas, pero que la pintura integra en un orden de sentido y de significación. Ha sido especialmente aquella pintura que se ha dirigido por caminos poéticos y líricos, de emoción, evocación, rememoración, la que ha desarropado lenguajes abstractos, pero la versatilidad pictórica y el grado máximo de creatividad e invención que esta posee impide establecer estilos cerrados. Incluso en el propio interior de la obra de un mismo artista resulta difícil unificar y definir, cada obra se presenta con una imponente carga de unicidad, cada tela es un mundo en sí mismo, con sus leyes internas, con sus estructuras absolutamente individualizadas e irrepetibles. Las pinturas pueden integrarse en series y funcionar como galaxias, pero cada tela vive aislada, como una estrella.

Del mismo modo resulta muy difícil separar rotundamente abstracción y figuración en cuanto que en la libertad de la pintura todo es posible y aun más las contradicciones y los contrastes. La percepción delante de lo abstracto recurre a la metáfora y al "como si..." para explicar o describir la pintura sin referencias figurativas. Así frente a la que se ha convenido en definir como abstracción lírica se utilizan habitualmente palabras-imágenes que remiten a paisajes, a plantas, a atmósferas... La presencia en ocasiones de elementos figurativos en contextos de abstracción complejiza aún más los problemas de la relación entre palabra e imagen pero también entre abstracción y figuración: algo aparece claro y es que la distinción entre unas y otras se hace cada vez más sutil, menos evidente y sobre todo menos relevante desde una perspectiva estrictamente plástica.

La pintura de Eduardo Gruber ha seguido un camino nunca lineal. Hecho de idas y vueltas, de correcciones y de incursiones sorpresivas en territorios muy diversos, pero a la vez conectados por una mirada poética y lírica en tensión con lo matérico y lo expresivo que contienen los gestos, abstracta pero implicada con las connotaciones de elementos figurativos, cargada de dobles sentidos, de humor y cierta parodia en ocasiones y con una intención claramente volcada en lo simbólico.

En todo este complejo y rico itinerario podemos reconocer algunos de los proceros delineados un poco más arriba.

Si algo ha caracterizado la pintura de Gruber ha sido su posicionamiento al margen de cualquier programa preconcebido. Es cierto que su trabajo se ha articulado en series de gran coherencia y homogeneidad, como la que se

centra en la forma de la esfera y en la imagen del planeta para desarrollar un universo pictórico trabajado desde la herramienta de un color-materia, o las extensas series de pinturas de tono más lírico. Sin embargo su pintura no se ha ceñido a pautas, desarrollando actitudes de cambio y de renovación extremadamente libres.

Aunque situado muy claramente en una práctica de la abstracción, en su acepción más compleja, variada y versátil que puede ofrecer el término, siempre han estado, latentes o presentes, en su pintura las referencias figurativas. De alguna manera parece que esa permanente tensión entre figuración y abstracción le ha servido a Gruber para colocar los problemas en otro lugar, para salirse de las áridas polémicas y falsos debates que han hastiado las últimas décadas de pintura. En obras como "Oficina Reikiavik", o la aun mas rotunda "Rhin-Colonia" lo que parece producirse es el efecto de "falsa abstracción" mientras el lenguaje pictórico exhibe un gran dominio de las posibilidades del color en una ausencia absoluta de referencias figurativas.

Es en ese contexto tan sugerente donde hay que situar la vena lírica de Gruber. El contraste así como lo aparentemente contradictoria que aflora en la pintura puede indicar que hay en su pintura una intención de convivir con los problemas sin que éstos sean considerado tales, sino siendo vividos con extrema naturalidad. Como si vivirlos de ese modo y expresados así redimiera o simplemente anulara las complicaciones. A la vez cada hallazgo y cada conquista de un nuevo y fascinante territorio pictórico, es seguida no tanto por un asentamiento y una prolongación que se consolide en un estilo. sino por una actitud de inquietud irrefrenable que le impulsa a abandonar lo conquistado y a emprender nuevos retos.

Sin embargo al enfrentarnos con su pintura nada lleva a pensar que se trata de un pintor volcado en la experimentación. Siempre ha habido un ritmo pausado que ha dominado su pintura pero con la energía de quien conoce que la experimentación debe ser calculada y pensada, la vena poética de Gruber es la de reunir y sintetizar los efectos contrarios, pero enarzándolos en diálogos que nunca antes hubiéramos pensado, mucho más armónicos de lo que nos hubiéramos podido imaginar, a pesar de las tensiones que éstos generan. La obra realizada por Gruber recientemente parece alejarse de los presupuestos más poéticos y líricos y bascula hacia árrbitos más narrativos pero siempre determinados por el humor y la ironía. En estos cuadros no hay propiamente historias sino inicios de relatos que uno a uno van generando una incierta historia hecha a base de instantes que son arranques e inicios.

También hay un apreciable abandono del color como símbolo, metáfora o evocación, y asume el gesto y lo expresivo un papel más dominante. Las formas se recortan como sombras chinescas flotando en espacios imprecisos de luz, y la pintura asume así una calidad de collage, de fusión de lenguajes contrapuestos.

[www.eduardogruber.com](http://www.eduardogruber.com)